

## EL PRIMER DÍA

Nací en julio, en el lubricán, bajo el signo de cáncer.

Cuando me llevaron para que ella me viera, se volvió hacia la pared.

## EL LOBO

—Vamos a ver el libro de los dibujos.

Corría a su cuarto con el libro bajo el brazo y se lo tendía con ternura.

El primer dibujo era un lobo que abría la boca y se tragaba siete jugosos cerditos.

Me daba lástima por él. ¿Cómo podía tragarse tantos a la vez? Siempre se lo decía y se lo preguntaba. Entonces él me metía su mano velluda en las braguitas blancas y me tocaba. Yo no sentía nada aparte de calor. El dedo iba y venía y yo miraba al lobo. Jadeaba y sudaba. No me molestaba mucho, la verdad.

Ahora, cuando me acarician, siempre pienso en el lobo y siento lástima por él.

## MISS DARRY

Como todas las tardes, *miss* Darry me había llevado a jugar delante del monumento al Soldado Desconocido. Yo me ponía a construir torres y albóndigas con el cubo y la pala. *Miss* Darry sacaba la labor rosa de su bolso rosa y se ponía a hacer punto.

La noche anterior me había hecho la dormida y la había visto desnudarse. Tenía los pechos como dos campanas y el pelo de delante rubio oscuro. Se había echado ya en la cama cuando, de pronto, oí unos jadeos.

«Pobrecilla... Estará mala», me dije.

Y ella venga a gemir. De pronto, del pecho le salió un grito que parecía que estuvieran matándola y, al poco, se durmió tan ricamente.

En eso pensaba yo mientras construía con el cubo mis torres y mis albóndigas.

Al poco tiempo, *miss* Darry se fue y me pusieron de institutriz a *miss* Scriven. Padecía del corazón.

## LOS DOMINGOS

Vivimos al lado del palacio.

En el palacio viven el rey, la reina y el resto de la familia. En la puerta grande, para cuidarlos, tienen niños con faldas blancas y gorritos arrugados de color rojo. Por todos los alrededores, unos policías relucientes vigilan los muros para que no se escapen ni el rey, ni la reina ni sus hijos. De todas formas, a ellos les da exactamente igual, porque tienen un jardín enorme para jugar. Aparte, todos los días van a visitarlos unos señores redondos y con cara de tortuga, así que siempre tienen compañía.

Nuestra casa sí que es grande.

Por las tardes la abuela se pasea por el salón y me va enseñando a los antepasados. Están sentados en sillones para no cansarse. Debajo de cada nombre hay una lucecita, y los marcos son dorados y con pequeños agujeros, como el queso. Está hasta el general. Con la mano metida en la chaqueta, como para desabrochársela, y los ojos clavados en el aparador.

—El general puso orden en Grecia —me dice siempre la abuela.

Me imagino al general pasándole el polvo a Grecia y metiendo en los cajones a hombres y mujeres.

Los domingos la abuela recibe en el salón. Esta noche solo ha venido don Aris. Es puntiagudo como

un lápiz, embajador y poeta.

Terminamos de comer. Petros trae los dulces y el café. Don Aris va a recitar. Me gusta, y me río porque, a cada poco, acaba las frases con el mismo sonido y ya sé cómo se juega. Grito:

—Queso... Hueso...

Pero nadie se ríe. Don Aris me mira, deshaciéndose de elegancia.

Me largo y corro a la cocina, bajo las faldas de Faní, que está lavando los platos.

Faní no tiene edad, porque está loca.

—Estáis todos manchados. Sucios. El dinero os ensucia, a vosotros y a vuestras mentes —me dice.

—Háblame de la guerra, Faní.

Se sienta en el taburete y traza surcos en el aire con las manos, dos cirios voladores.

—Luego —ruge—, cuando ya nos habíamos quedado solo los buenos y habíamos hinchado el cielo y las piedras con nuestras canciones, ese poeta, ese embajador de la puñeta, ese coplero majareta de don Aris se metió debajo de la mesa, al grito de: «¡Momento histórico!». Y tu abuelo le dijo a tu abuela: «Safo, vida mía, me llegó la hora». Nosotros nos tiramos a la calle, a respirar aire como locos, todo se nos quedaba corto. Vosotros, en cambio, os encogisteis, os volvisteis habas pequeñas.

Faní huele a sangre, y me acerco más a ella.

—Pero nos volvisteis a dar para el pelo, y bien dado, vosotros, ricachones sin entrañas...

Y, en pleno llanto, se pone a cantar.

Los domingos viene un hombre a por Faní. «Mi rebelde», lo llama ella. Y se tensa hacia delante, lista

para atraerlo hacia sí. También él, Stacis, me habla de la guerra. Los ojos se le vuelven terciopelo, y susurra:

—Estuve en el maquis con Aris<sup>1</sup>.

—¿Estuvo con nuestro señor Aris? —le pregunto.

Y se agita como un árbol,

A Faní le viene la risa a la boca, y también ella se agita. Ríen las ollas y los platos, ríen los vasos, los tenedores y la tetera, parece que la cocina va a estallar. Se acarician con los ojos, y la cocina cruje bajo sus alientos. Stacis se hincha como los pavos reales del Jardín Real. Faní se agarra los pechos y se los estruja. Entonces, como si fueran pulpos, se enganchan el uno al otro con manos y pies. Y corren como ciegos al cuarto.

Subo al salón, y oigo a la abuela decir:

—Aris, querido, ¿más leche? Prueba estos *buns*, están exquisitos.

Tengo frío. Y hambre. Me pongo triste, ni yo sé por qué. Voy al cuarto para mirar el libro nuevo y lloro mientras vuelvo las páginas. Va sobre el Polo Norte.

<sup>1</sup> Aris Velujiotis (1905-1945), líder del Ejército Popular de Liberación Nacional. (*Todas las notas son de la traductora*).

## EL REGALO DE MAMÁ

Un día, mi madre, Casandra, me trajo como regalo una muñeca muy bonita. Era grande y tenía el pelo de cordones amarillos.

La acosté en su cajita, aunque antes le corté los pies y las manos para que cupiese. Otro día le corté la cabeza para que no pesara tanto.

Me gusta mucho más así.

## LOS PASTELITOS

Habíamos salido de paseo con los gemelos y su institutriz. Eran tan iguales... Como ir solo con uno.

Llevábamos los cubos para hacer los pastelitos. Pero hacía muchos días que no llovía, y la tierra estaba reseca y testaruda.

—¡Mea! —me dijeron los gemelos.

Me daba miedo.

—Mea para que podamos hacer los pastelitos. Si no, te pellizcaremos en el culo. ¡Mea, so gorda!

Así que meé. La tierra nunca había estado tan brillante, ni nuestros pasteles más esponjosos.

Cuando volví a casa, la abuela estaba metida en la cama con la *liseuse* de encaje puesta y leyendo *Los hermanos Karamázov* en un volumen dorado.

—¿Cómo ha ido el paseo? —me preguntó.

—¡He meado, abuela! ¡He meado!

Me castigaron tres días sin postre.

## EXCURSIÓN

Una tarde fuimos de excursión a la playa en el coche del tío Jarílaos.

Llegamos a la arena y extendimos el mantel de flores para comer. La tía Patra clavó el bastón en el pollo, la abuela sacó *Los hermanos Karamázov* del bolso y se puso a leer. El tío Jarílaos me preguntó:

—¿Damos un paseo?

Me cogió de la mano y corrimos por la orilla.

—¡Casandra, cuéntame el cuento de la sirena!

El tío Jarílaos miraba el mar como si quisiera bérsele. Nos sentamos en una roca.

—Hay una sirena que me llama cuando anochece. Tiene los pies clavados en el fondo del mar, y es tan alta que la cabeza le llega hasta el cielo. Y le nadan peces por los ojos y le nacen flores allí, ¿lo sabías, tío Jarílaos? En el fondo del mar todo es verde y, cuando levantas la cabeza, ves un cielo nuevo, húmedo y ondulado.

El tío Jarílaos miró hacia donde estaban la abuela y la tía Patra, estatuas en la arena, y luego volvió a mirar al agua.

—Cuéntame otro.

—Tío, tenemos que volver, que la abuela ya ha terminado el capítulo.

Lo arrastré de la mano. Las algas se le enredaban en los pantalones. Si lo hubiese soltado, se habría vuel-

to un pez sin pensárselo, y la tía Patra se habría puesto hecha una fiera.

Empezó a llover. La abuela abrió la sombrilla.

El tío Jarílaos, para que no lo escuchase la tía Patra, me susurró:

—Me voy a quedar con las sardinas para cuidarlas, no sea que huelan el mar y salgan corriendo.

—Tío, tú tranquilo, que yo las vigilo también.

El tío Jarílaos se tumbó en la arena, al lado de las sardinas, las gotas le rodaron por las mejillas y el sombrero se le volvió un estanque. La abuela empezó otro capítulo y la tía Patra, apuntando con el dedo hacia el cielo, le echó la bronca a la lluvia.

## LAS MIELES

Una noche de verano, después de darme un beso en la mejilla izquierda y desearme buenas noches, mamá apagó la luz y me quedé a oscuras en el cuarto. Mientras cantaba para mí, me llevé la mano a las braguitas para que me hiciera compañía. Pero comencé a embotarme y a arrugarme. Un dulzor me envolvía por todas partes, y yo no paraba.

Cada vez más rápido, parecía que iba a estallar. Unas pesas de caramelo me subían desde las plantas de los pies hasta la barriga, y el azúcar me llegaba hasta arriba. Mieles espesas corrían por doquier, y tanto dulzor me ahogaba.

Cuando ya el dulce me tenía la garganta asfixiada, empezó a temblar la casa y a llover del cielo. La tierra se abrió, y fue tragándose una a una las casas de alrededor. Saqué corriendo la mano de las braguitas.

—Jesusito, perdóname. No volveré a hacerlo. ¡No me quites la vida!

Pero a mi alrededor la tierra se hundía cada vez más. Jesusito estaba muy disgustado.

Metí otra vez la mano en las braguitas y volvieron los dulces. Me puse a cantar para mí. Y mientras las casas desaparecían por el agujero de la tierra, las mieles me inundaron y morí de dulzor.

## LA FIESTA DE IRACLÍS

Era la fiesta de Iraclys. Llevaba tiempo esperándola. *Miss* Scriven me puso la falda de tul, que olía a moho.

En la fiesta había una mesa enorme, llena de tartas con espuma y algunas fresas rojas como cerezas. Me entraron ganas de hacer pipí. No me aguantaba. Se me salía por todas partes. Me acerqué a las fresas y me lo hice encima, sobre el parqué reluciente.

Llamé a Saculis, que en ese momento pasaba por allí, y le hice detenerse justo encima del charquito.

—Como te muevas de aquí, te degüello y te convierto en esqueleto —le dije.

Para cuando terminó la fiesta, Saculis seguía llorando de la paliza que se había llevado. Yo me había hinchado de dulces y sentía por dentro una alegría muy grande. Los ojos se me llenaban de estrellas.